

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas!

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—A la Virgen Inmaculada [plegaria], por don Antonio Arnao.—Viva y muerta [continuacion], por don E. Hernandez.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Labores, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de Modas*.—*Dibujo de Labores*

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

XXXI.



MIENTRAS Eduardo y Antonio recorrian y estudiaban el terreno, nosotros seguimos á los mendigos, no sin miedo por mi parte; pero la abuela marchaba con tal seguridad, que pronto recobré la confianza.

Atravesamos el encinar, y en el hueco que formaban dos peñas, vimos una especie de subterráneo, sin divisiones, y sin mas luz que la que entraba por la puerta, y esto era lo que aquella mujer habia llamado pomposamente su casa.

Entramos. Allí no habia ni mesas, ni sillas, ni nada: en un rincon ahumado algunos enseres de cocina, en el otro un batan, de los que sirven para hacer el aceite, sobre el cual estaban tendidas algunas hojas de helecho. Esta era la cama.

Acurrucada en un rayo de sol que penetraba por la puerta, una anciana daba vueltas, en sus manos descarnadas, á las cuentas de su rosario.

Aquel cuadro tenia algo de aflictivo, que helaba y comprimía el corazon.

Por lo demas, no creas que aquella casa formase la excepcion, pues vista una de Urdes se ven todas; iguales subterráneos, igual desnudez, idéntico aban-

dono. Pero conformes con su modo de vivir, y sin ninguna civilizacion, sus habitantes se resisten á mejorar de suerte, se burlan de todo aquel que intenta reformar su casa, vestidos y fortuna; y es tal su embrutecimiento, que prefieren sus barrancos y chozas, sus andrajos é indigencia, á las conveniencias tan deseadas en la sociedad.

Mira de cuánta magnitud era la empresa, intentada por la abuela!

Esta se sentó sin ceremonia sobre un tronco de encina, que hacia sin duda las veces de sofá, y yo me senté á su lado.

La vieja del rosario levantó la cabeza, y nos miró fijamente.

—Jesus! exclamó la abuela, eres tú Margarita?

Al oir esta exclamacion, aquella pobre mujer se levantó tambaleándose, y corrió á refugiarse en el fondo de la choza. Cuando llegó allí cayó de rodillas, y prorumpió en sollozos.

En cuanto al hombre y á la mujer, que debian ser consortes, no hicieron caso de esta escena, y se sentaron al sol, con la cabeza apoyada en la roca, mientras el niño se entretenia en tirar piedras á un árbol cercano para asustar á los pajarillos.

La abuela dejó que Margarita desahogase su dolor, y luego se dirigió hácia ella. Aunque yo no me moví de mi asiento, presté tanta atencion, que pude oir lo que decian.

—Ay! no venga Vd., no me mire Vd., balbuceaba Margarita, yo no soy digna de que nadie me mire, yo no soy digna de que nadie me consuele!

—Has sido muy culpable, Margarita, respondió la abuela con un tono tan dulce, que contrastaba con la severidad de sus palabras, pero Dios perdonó hasta á aquellos que le crucificaban.....

—Por esto rezo todo el día, toda la noche....

—Dios no se contenta solo con ruegos, quiere obras..... Cuando ha habido delito, para perdonar, exige la reparacion....

Margarita bajó la cabeza.

—Pascual ha muerto, dijo; cuando veo al señor cura le pido que rece por su alma..... ¿Tengo yo dinero? ¿poseo yo algo en este mundo, despues de haber poseido la mejor yuntada de la aldea?

—Tampoco se trata de mandar decir misas. Pascual ha sido demasiado bueno y demasiado infeliz para que las necesite.

—Pues entonces, qué he de hacer yo?

La abuela puso una mano sobre su espalda, y la habló al oído.

Confieso que era tal mi curiosidad, que hasta estuve tentada de levantarme y acercarme á ellas despacito; pero de pronto vinieron á distraerme unos gritos de angustia, mezclados de espantosos bramidos.

Todos nos pusimos de pié confusos y aterrados.

En medio de una nube de polvo, saltando de risco en risco, salvando barrancos, y arrollando cuantos obstáculos se ofrecían á su paso, vimos venir hácia la choza un embravecido novillo, escapado sin duda de la vacada.

Dos pastoras corrian tras él, y le acosaban de cerca, aumentando con esto su ceguedad y su furia...

Daba miedo; sus ojos enrojecidos giraban en sus órbitas, y movía á todos lados sus astas formidables.

Transida de pavor, yo me lancé al fondo del aposento, juntamente con la mendiga, que arrastró consigo á su hijo.

El bravío animal se detuvo un instante, miró en derredor de sí, pero al oír de cerca los gritos de los pastores, abalanzó rugiendo al interior de la choza.

Estábamos perdidos.

Pero hé aquí que el mendigo, que habia salido repentinamente de su inercia á la vista del peligro, rápido como una centella, fué á apoderarse de una hoz, que estaba en un rincón, y corrió á interceptar el paso á la sañuda fiera.

Yo me cubrí el rostro con las manos, para no presenciar aquella lucha desigual y horrible, y solo las aparté al oír resonar junto á mí, un grito de alegría y de victoria.

En efecto, ví al mendigo, que estaba de pié, orgulloso y triunfante, teniendo al novillo cogido por las astas.

Los pastores llegaron en aquel instante, ataron al vencido con una maroma, y se lo llevaron, mientras nosotras dábamos gracias á la Providencia por tan señalado beneficio.

—Te debemos la vida, dijo la abuela al mendigo, que volvió á sentarse negligentemente al sol. Hemos quedado convenidas Margarita y yo, en que mañana ireis por casa. Toma entre tanto...

Y puso en sus manos un bolsillo, que el mendigo aceptó sin ceremonias.

—Pícaro! ladrón! maldita sea tu ansia! Con tus tripas he de hacer cuerdas para que te ahorque el verdugo! gritó en aquel instante la mujer, sacudiendo con una vara al pobre niño, que lloraba amargamente.

Yo me abalancé hácia él, y le amparé en mis brazos.

Qué es esto? qué ha hecho pregunté á aquella furia, procurando contenerla.

Pero ella sin contestarme, continuó su letanía de groseros juramentos, al través de los cuales pude comprender, que su delito consistía en haber aprovechado el general aturdimiento, para pellizcar las provisiones que traíamos para la vieja.

Viendo que mi intervencion era impotente para defenderle, tuve la malhadada idea de pedir auxilio, que aquellos caribes me prestaron, asaz cumplida.

Margarita dió de bofetones, á la que segun supe despues era su nuera, y el mendigo se acercó con una estaca, y pegó á su madre porque pegaba á su mujer, á su mujer porque pegaba á su hijo, y á su hijo porque lloraba, descargando sobre los tres sendos palos de ciego, que tambien me hubieran alcanzado á mí, á no haberme puesto en salvo. Pero todo esto, acompañado de tales juramentos, de tan horribles imprecaciones, que no quisiera volverlas á oír jamás, y á las cuales las mujeres contestaban chillando con otras tantas, aun si cabe mas groseras.

La abuela necesitó hacer uso de toda su autoridad para calmar á aquellos verdaderos energúmenos, y se llevó consigo al niño, so pretexto de que nos sirviera de guia, hasta llegar al sitio en donde se hallaba Eduardo.

Te confieso que me pareció respirar mas libremente al salir de aquella hedionda zahurda. ¿Qué contraste ofrecía la bella, serena y alegre naturaleza, con aquellos salvajes y embrutecidos seres!

ÁNGELA GRASSI.



LITERATURA.

A LA VIRGEN INMACULADA.

(PLEGARIA.)

¿Cómo no amar te, celestial paloma,
Astro sin par de cándida belleza,
Íris de dicha que en oriente asoma,
Emblema santo de inmortal pureza?

¿A quién sino es á tí, Madre de amores,
La ofrenda irá que en tan glorioso día,
De incienso, y luz, y cánticos, y flores,
El pueblo fiel ante tu altar te envía?

Hénos aquí, de hinojos á tu planta,
Y en jubilosas lágrimas bañados,
Loando el sol de tu pureza santa
Que inunda en luz los cielos dilatados.

Hénos aquí que ansiamos ofrecerte
La viva fé que abrasa nuestro pecho;
Amor mas poderoso que la muerte,
Amor gigante á su recinto estrecho.

Hénos aquí que nuestras hondas penas,
Cual dolorosa mirra, te brindamos;
Y en tu aroma de nardos y azucenas
La salud del espíritu invocamos.

¿Y nó has de oír nuestra oracion amante?
¿No has de oír nuestros cánticos de gloria?
¿Velarás tu purísimo semblante
A los que ensalzan tu inmortal victoria?

No, Virgen, no! Desde que en gozo henchido,
Y en la cumbre del sacro Capitolio,
El Vicario de Dios, por Dios movido,
Al mundo habló, de Pedro sobre el solio;

Cuando radió cual sol la que era aurora;
Cuando los cielos con amor se abrian;
Cuando sobre la tierra pecadora,
Lluvia de paz, las gracias descendian;

Entonces sin temer negra asechanza,
Como roca á que el mar embiste en vano,
Nuevo vigor cobró nuestra esperanza
De hallar el BIEN, asidos de tu mano.

¿Cómo entonces el alma, combatida
Por el rigor de bárbara fortuna,
Cual estrella de paz apetecida
Te vió sobre tu trono de la luna!

Así tambien ante el altar ahora
Con mayor esperanza á tí venimos,
Hoy que vemos en tí, Madre y Señora,
Templo puro del Dios por quien vivimos.

Óyenos tierna: míranos clemente:
Vierte en raudal tu angélica ternura:
Déjanos ver la aureola de tu frente,
Faro que nos alumbre en noche oscura.

Recuerda que eres Madre de aquel SANTO
Que en tí el tesoro de sus gracias fia.
¡Reine la dicha do reinara el llanto!
¡Florezca el bien para tu pueblo un día!

Si no van nuestras preces á tu gloria,
Te rogaremos con afan prolijo,
Por el mayor blason de tu victoria.....
¡Por esa cruz en que murió tu HIJO.

ANTONIO ARNAO.

VIVA Y MUERTA.

[Continuacion.]

En este momento el gato de la cervecería y el perro del cazador, que se miraban con cierta prevención, rompieron las hostilidades, avanzando uno hacia otro. El perro, irritado, le persiguió hasta un armario ó alacena, debajó de la cual se refugió el gato, que mal intencionado, y cobarde por condicion, se vengó á su sabor de las dentelladas recibidas. Cada vez que el pobre perro alargaba la cabeza para morderle, recibia tres ó cuatro arañazos en el hocico, que le hacian poner el grito en las nubes. Al fin su amo, al verle cubierto de sangre, se interpuso entre los adversarios, y terminó la lucha. Dieron las diez, y Adolfo recordó que su madre le esperaba, y que estaria con cuidado: se despidió del cazador, y salió de la cervecería. El cazador no tardó en seguirle. Como á treinta pasos de la cervecería, Adolfo volvió la cabeza, y vió que su amigo improvisado tomaba el camino del bosque de Nebelstein. Dirigióse de nuevo á la cervecería; la cervecera iba á cerrar, y Adolfo la preguntó si sabia de dónde venia el cazador, y quién era. Ella le contestó que hacia un año, poco más ó menos que frecuentaba su casa; que raro era el día que desplegaba los lábios, y que solo una vez le habia hablado de Margarita. Ni sabia más, ni le dijo más.

Adolfo llegó al cabo á su casa. Su hermana le esperaba sentada al fuego; él lo hizo á su lado. Apoyó la cabeza en la piedra de la chimenea, y permaneció en esta posicion largo rato contemplando las llamas

espirantes, que reanimaban sus sombríos pensamientos. Su hermana le ofreció la frente, para que, como acostumbraba, imprimiese en ella sus labios; le dió las buenas noches, y desapareció por la escalera que conducía á su dormitorio. Él continuó sentado junto á la chimenea hasta que dió las doce un reloj de pared, colocado entre el lecho de su madre y un armario antiquísimo. En vez de ir á recogerse, tomó el sombrero y salió á la calle, devorado por la fiebre, y acaso sin saber adónde se dirigía, se encaminó hácia el cementerio. Un silencio de muerte reinaba en la aldea; algunas nubes recorrían el cielo. Al llegar al cementerio, vió con sorpresa que la puerta no estaba cerrada. Buscó con los ojos el sitio en que reposaban los restos mortales de Margarita, y estremeciéndose involuntariamente al distinguir á corta distancia una sombra. Su primer impulso fué arrojarle sobre ella; pero, en el mismo instante, desapareció como si la tierra se la hubiese tragado. Adolfo creyó que despertaba de un sueño, y echó á correr sin volver la cabeza atrás.

III.

Al día siguiente, apenas se levantó, volvió al cementerio y á la tumba de Margarita, como para buscar las huellas de la sombra con que había soñado la noche antes. En efecto, alrededor de la fosa había huellas de pasos, ¿pero no podían ser los de las amigas de la difunta?

Pasaron algunos días. Su madre mitigó su dolor á fuerza de cuidados y de consuelos; la imagen de Margarita se borró de su pensamiento, y su amor varió de ídolo.

Reanudó la interrumpida amistad con sus libros y el estudio. Su única distracción consistía en pasear horas enteras, ya orillas del río, ya en el monte, ya en los bosques cercanos á la casa de Margarita, que, á pesar de su triste aspecto, tenía para él un encanto indecible; permanecía largos ratos contemplando el palomar y escuchando el poético arrullo de sus huéspedes, cuyo blanco plumaje la había visto acariciar tantas veces. Ay! Margarita ya no estaba allí! Cuando, por casualidad, veía alguna criada atravesar el patio ó la huerta de la granja, su corazón latía con violencia. Siempre llevaba consigo un libro, que rara vez abría, pero que le daba cierto aspecto de hombre grave: esto no es poco en un país en que no se consiente la pereza mas que á los borrachos.

Un día, armado de su libro y de su pipa, llegó hasta el bosque del Estanque: el cielo estaba sereno; la brisa de la tarde, cargada de perfumes, gemía dulcemente entre las ramas de los árboles: la naturaleza respiraba amor. Tomó un sendero, cortado á intervalos por riachuelos, producidos por el derrame de una fuente ó por la lluvia: se necesitaba ser como él, jó-

ven y ágil, para salvarlos sin mojarse los pies. De trecho en trecho se descubrían huellas de pasos, y esto le animó á continuar su camino, sin comprender que se parecía al de la vida, cuyas risueñas orillas se van entristeciendo lentamente. La noche se aproximaba: los murmullos, del día se perdían en el silencio de la sombra, y ya se arrepentía de haber ido tan adelante, cuando, después de haber cruzado un espeso bosque, se encontró en una llanura, desde la cual se distinguía un pueblecillo, un pueblo, pues en su centro se levantaba hasta las nubes un castillo de arquitectura sajona. Adolfo no conocía la aldea ni el castillo; se acercó á un campesino y le preguntó si aquella aldea era la de Niedersteinschloz. El campesino inclinó la cabeza y continuó su trabajo, y él se dirigió hácia el castillo. En todas partes hay un lugar cuyo destino es servir de teatro á los cuentos de hadas y aparecidos. Mil fábulas, á cual mas sorprendentes y estupendas, se habían desarrollado en Niedersteinschloz y exaltado la imaginación de Adolfo en los primeros años de su vida. Involuntariamente se acercó al parque, que era inmenso; en su centro descubrió un pabellón medio oculto por las ramas de los espesos árboles que se extendían á su alrededor, y que indudablemente era obra de algun artista desconocido del último siglo. Para contemplarle mejor subióse á las ramas de una encina; ¡cuál no sería su sorpresa al ver en una de sus ventanas á Margarita! Dió un grito, y Margarita ó su sombra desapareció como por encanto de la ventana, cerrándola de golpe. Él permaneció en el árbol sumido en una profunda meditación. ¿Qué significaba aquello? ¿Era un sueño que la ventana se había cerrado? No era Margarita la aldeana que había desaparecido? Su enfermedad, su muerte, el cementerio...

Tiróse del árbol, y dirigiéndose hácia el campesino, le preguntó con acento trémulo:

—Quién habita el castillo?

El campesino le miró sin desplegar los labios.

—Eres sordo? continuó Adolfo impacientado.

—No, á Dios gracias, dijo el campesino.

—Pues si me has oído, porque no me contestas?

—Porque no sé que contestaros.

En aquel momento un niño, como de seis años de edad, se acercó al campesino.

—De dónde vienes? le preguntó éste.

—Del castillo, padre. La hora de cenar se acerca.

El campesino recogió sus herramientas y echó á andar detrás de su hijo, mirando de reojo á Adolfo, que estuvo á punto de acometerle baston en ristre.

Una hora permaneció allí, solo, mirando al pabellón y con el oído alerta; pero nada vió ni oyó que aclarara sus dudas. Volvió pies atrás, llena la cabeza de quimeras y de fantasmas, y acariciando con indecible cariño la imagen y el amor de Margarita, que se des-

pertaban en su pecho. La noche era oscura, y se perdió de nuevo; al cabo llegó á Hartz, pero en un estado de alma y cuerpo lastimoso. Al pasar por delante de la cervecera se detuvo, como dudando si continuar su camino ó entrar en ella á cobrar aliento. Entró.

Apenas la puerta se cerró detrás de él, echóse á sus piés un perro, aullando de alegría: al estender una mano para acariciarle distinguió al cazador, su nuevo amigo, que se dirigia hácia él; tendióle cordialmente la mano.

—Al fin os vuelvo á ver! dijo el cazador á Adolfo, Pero qué diablos os ha sucedido?

—Me he perdido en el bosque y tenido que atravesar las lagunas para volver á Hartz. Creí encontrar aquí un buen fuego...

El cazador se sonrió, y echó dos magníficos leños en el hogar. Adolfo, indiferente á la solicitud de su amigo, solo pensaba en la aparicion del parque.

El cazador hablábale en vano, hasta que al cabo poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—Dormís, amigo mio, ó habeis muerto? Pareceis por lo melancólico un aparecido. En qué diablos pensais?

—Pienso en un aparecido que he visto esta tarde.

La cervecera se sonrió con socarronería, pero se acercó á la mesa que ocupaban Adolfo y el cazador, que, levantando las patas delanteras de su perro á la altura de su pecho, se puso á walsar.

—Un aparecido! exclamó. Os ha hablado del otro mundo?

Adolfo no contestó.

—Decid si era ella ó él el aparecido.

—Era ella, contestó Adolfo: era Margarita.

La cervecera dió un grito, el cazador dejó de walsar y miró fijamente á Adolfo.

—Se os ha aparecido en el cementerio? le preguntó con inquietud.

—No: en un pabellon del parque de Nieders-teinschloz.

El cazador le contestó con una carcajada.

—Pues es aventura! Sabeis á quién habeis visto? Voy á decíroslo. A una ahijada de mi madre.

Adolfo miró á su vez al cazador.

—Sí, prosiguió éste, y el pabellon en que la habeis visto es el que yo ocupo en la primavera.

Adolfo oía, pero no comprendia ni mas ni menos que si le hablasen en lengua extranjera.

—Siempre he creido, dijo la cervecera, que erais hijo del señor Baron de Niedersteins; conozco á vuestra madre; he sido criada suya. Hasta sé cómo os llamais: Eduardo ¿no es cierto?

—Eduardo de Niedersteins, replicó el cazador.

Luego dirigiéndose á Adolfo.

—Cuando volvais al castillo, preguntad por mí, y os presentaré á vuestra aparecida de esta tarde.

Adolfo inclinó la cabeza.

—Siempre que veo á la ahijada de mi madre, continuó el cazador, no puedo menos de pensar en la metensicosis: ¿animará su cuerpo el alma de Margarita?

Despues se acercó á la ventana, levantó la cortina y dijo:

—La noche es oscura como boca de lobo, y tengo que atravesar el bosque. Adios, amigo mio.

Dió la mano á Adolfo; hizo una señal á su perro para que le siguiera, pagó, y dejó á Adolfo perdido en sus delirios y en sus dudas.

—Basta ya de sueños! murmuró éste levantándose. Y despues de dar las buenas noches á la cervecera, salió.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

TEATROS.

A pesar de hallarnos en vísperas de Navidad, dias estos en que suele reinar poca animacion en los teatros, no dejan los de la córte de despertar algun interés, al menos comparándolos con lo que ha sucedido años anteriores en iguales circunstancias. En todos ellos se ve bastante concurrencia; no falta de vez en cuando algun estreno, y aun las funciones antiguas de repertorio que á falta de novedades suelen poner en escena, son bien recibidas y apreciadas. Nosotros sin embargo solo trazaremos hoy nuestra ligera reseña refiriéndonos á las obras nuevas, ó á cualquier otro acontecimiento que merezca singular mencion.

El Circo, del que nada dijimos en el anterior artículo, se esfuerza laudablemente por atraerse numerosa clientela, manteniendo la que ya le favorece; y á buen seguro que podría conseguirlo si contara con artistas superiores á los que en general figuran en su compañía, pues en cuanto á obras no da señal de escasez despues de haber estrenado muchas en lo que va de temporada. Estas consideraciones son acomodables á lo que ha sucedido con la zarzuela últimamente estrenada en dicho coliseo. *La niña de nieve*, sin ser obra muy afortunada, hubiera alcanzado mejor éxito si no hubiese sido tan débil la ejecucion de algunos de los actores que en ella toman parte.

La niña de nieve es una produccion en tres actos que aunque falta de novedad tiene en cambio en su abono la circunstancia de ser original, cualidad su-

mamente rara hoy, sobre todo tratándose del género de literatura á que pertenece. Su argumento, puramente imaginativo, está basado en el amor de una sencilla aldeana y un apuesto mancebo, ennoblecido con sus láuros de guerra, entre los cuales se interpone la persona infame de un corsario argelino que convirtiéndose en capitán de bandoleros roba á la amante joven cuando el engañado padre de ella acaba de darle su mano contra la voluntad de la interesada, y le roba además todas sus riquezas. Esto, enunciado imperfectamente y en globo, constituye la base: el castigo del malvado y la felicidad de los apasionados amantes forman el desenlace. Durante el desarrollo de la obra hay algunos episodios, ligeramente enlazados con el asunto principal, que contribuyen á darle alguna variedad. *La niña de nieve*, fundada sobre este pensamiento, carece como hemos dicho de novedad, de rasgos brillantes y efectos escénicos, pero tiene formas discretas, proporcionadas, y se halla escrita con no común esmero y corrección. En este último concepto hemos observado en boca de algunos personajes versos y frases poco adecuados á la clase y condición de quienes los expresan, pero esto no oscurece otros pasajes trazados con gusto y acierto. En el segundo acto tiene un monólogo D. Gonzalo, escrito en graciosas y sentidas quintillas, que trasladaríamos en prueba de nuestro aserto, si tuviéramos presente la obra impresa.—Este libreto es original de D. Francisco García Cuevas.

La música de *La niña de nieve* ha sido escrita por D. Antonio Reparáz. Es apreciable en lo general, y aunque le perjudican en un concepto la forma estraña de algunas piezas, lo raro de algunos pasajes en la instrumentación, en otro concepto le favorecen la felicidad de varios motivos melódicos, hábilmente conducidos y acompañados de ritmos interesantes y bien adaptados. Ciertas piezas nos causaron buena impresión, y recordamos con gusto, por ejemplo, el breve preludio del tercer acto, por habernos parecido un trozo musical sencillo y grave, simpático por sus motivos y por su fácil desenvolvimiento. La música de esta zarzuela hubiera parecido mejor á estar mejor ejecutada. Esta última razón nos mueve á callar respecto del desempeño de *La niña de nieve*.

En el teatro REAL se cantó, según ya dijimos en nuestra anterior revista, la conocida ópera *Il Poliuto*. Ahora deberemos añadir que su ejecución ha sido muy feliz. El Sr. Fraschini ha cantando la parte del protagonista con energía y delicadeza, echándose de ver que ponía mayor esmero en la parte escénica, animándose artísticamente más de lo que solía hacerlo años atrás. La señora Carozzi Zucchi ha salido muy airosa representando la interesante Paulina, pues al brillo, y sonoridad de su voz espontánea y joven, ha unido la intención artística de una actriz inteligente. Por su parte, el Sr. Cottogni ha contribuido al buen

éxito desempeñando el papel de procónsul, si bien su voz no tiene la importancia y poder que requiere un personaje de tanta significación. Las demás partes y el coro contribuyeron á dar armonía al cuadro, siendo digno de estima el desempeño de la orquesta. El grandioso, el inmenso final del segundo acto sale en *Poliuto* ejecutado con gran maestría: el *allegro* del dúo del acto tercero *Al suon dell'arpe angeliche* se canta con entusiasmo y energía. Esta sublime inspiración es saludada con una estrepitosa salva de aplausos.

Posteriormente se ha cantado otra y más bella obra de Donizetti, la popular *Lucrecia Borgia*. Del desempeño de ésta nada podemos hablar por hoy, pues las noches que se ha ejecutado hemos tenido que asistir á otros teatros. A juzgar por lo que dicen algunos periódicos de la corte, su éxito ha sido bueno: no nos extraña, pues en ella toman parte cantantes y artistas como la señora Lagrange y los señores Bettini y Giraldoni.

Mucho es de desear que se cante pronto en el régio coliseo la preciosa ópera de Herold, *Zampa*, anunciada en los carteles como puesta en estudio hace muchos días.

En VARIDADES se estrenó el sábado último una comedia en cuatro actos y en verso, titulada *El hombre libre*. De ella y de su éxito hablaremos oportunamente.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Dos son los modelos, y á cual mas útiles, que ofrece el grabado que acompaña á este número.

Es el primero un *tejido de punto de aguja*, á propósito para cortinaje, si se ejecuta con algodón fino, y para colcha si con mas grueso; y el segundo una *puntilla de crochet*, que saldrá mas ó menos ancha, según el grueso del algodón.

La explicación del primero es la siguiente:

Se empieza por poner en la aguja tantos puntos como ancho se quiera dar á la labor, sino es que prefiere hacerse á tiras, y se trabaja yendo y viniendo como en la faja.

1.^a *Vuelta*.—Ocho puntos del derecho ó lisos, * 1 menguado, que se ejecutará siempre en esta labor, haciendo dos puntos juntos del revés, 1 trab. doble, 1 meng., 1 trab., d. 1 meng., 1 trab. d., 1 lis., 1 trab. doble, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., 1 meng.,

15 lis.* y se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta.

Como todas las trabillas de esta labor son dobles, suprimiremos la inicial que lo indica.

2.^a—Toda lisa, haciendo un solo punto en cada trabilla doble.

3.^a—7 lis., *meng., trab., meng., trab., meng.,
trab., 3 lis., trab., meng., trab., meng., trab., meng.,
13 lis.,* y se repite de señal á señal como en todas las
vueltas.

4.^a—Lisa.

5.^a—6 lis., * meng., trab., meng., trab., meng.,
trab., 5 lis., trab., meng., trab., meng., trab., men-
guado, 11 lis. *

6.^a—Lisa.

7.^a—5 lis., *meng., trab., meng., trab., meng.,
trab., 7 lis., trab., meng., trab., meng., trab., men-
guado, 9 lis.*

8.^a—Lisa.

9.^a—A la 15. En estas siete vueltas se continúa el mismo dibujo, sin mas que aumentar en cada vuelta impar dos puntos en un cuadro, disminuyéndolos en otro: las pares son todas lisas. Ya se comprende que en el primer medio cuadro solo se disminuye un punto.

16.—Lisa.

17.—Meng., * trab., meng., trab., meng., trab.,
17 lis., trab., meng., trab., meng., trab., meng., y
en este menguado se hacen tres puntos juntos del re-
vés.*

18.—Lisa.

Hecha esta última vuelta, se repite desde la primera por el mismo orden, sin mas diferencia que menguar en el cuadro que antes se creció, y crecer en el que se menguaba, para cerrar los cuadros: cuando la labor tenga la estension que se le quiere dar, con estambre azul ó rosa se cruza de un lado á otro del calado, como indica el dibujo, lo que da á la colcha un aspecto encantador.

El segundo modelo es una puntilla de *crochet*, y su explicacion como sigue:

Comiézase por hacer 20 puntos sencillos ó de cadeneta.

1.^a *Vuelta*.—Se retrocede sobre la misma cadena-
ta, y se hace una barra en el tercer punto, 1 p. s., 1
bar., 1 p. s., 1 bar., 1 p. s., 1 bar., 1 p. s. 1 bar., 1
p. s. 1 bar., 1 p. s. Al llegar á este sexto punto sen-
cillo, dejando siempre tres puntos entre las barras,
sobra ya un punto mas de los veinte, y entonces se
hacen dos puntos dobles, y se vuelve la labor.

2.^a—2. p. s., 2 bar. en el primer punto sencillo, 1 p. s., 2 bar. en el sencillo siguiente, y lo mismo hasta terminar la vuelta.

3.^a—3 ps. s., 2 bar. en el punto sencillo, y se re-

pite lo mismo, terminando la vuelta con dos puntos d. sobre los dobles de la primera vuelta.

4.^a—3 ps. s., 2 bar. en un mismo punto y sobre las dos anteriores.

5.^a—3 ps. s., 1 bar. en el primer punto sencillo de los tres, *3 ps. s., 3 bar. sobre las tres anteriores, y se repite desde la señal, terminando la vuelta como la tercera.

6.^a—4 ps. s., 3 bar. en un mismo punto, y sobre las anteriores, terminando la vuelta por una barra en el último punto sencillo.

7.^a—3 ps. s., 1 bar. sobre la barra última que se hizo, 5 ps. s., 3 bar. en un punto y sobre las anteriores, terminando la vuelta como la quinta.

8.^a—5 ps. s., 3 bar. en un punto sobre las tres primeras, 6 ps. s., 3 bar. sobre las tres que siguen, 1 p. s., 3 bar. sobre las que siguen, 6 ps. s., despues se continúa la vuelta en puntos dobles.

Estos puntos dobles , que serán 17 , sirven para comenzar sobre ellos la onda siguiente, repitiendo para ella todo el trabajo explicado, vuelta por vuelta, hasta darle el largo necesario.

No será inútil advertir, que al pasar la aguja por los puntos hechos, deben dejarse siempre dos hilos á la derecha de la aguja, de los tres que tiene el punto.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.

No sin causa veíamos pasar con un triste presentimiento los hermosos días con que se despidió el Otoño: á aquella deliciosa temperatura han sucedido las nieves, las lluvias, el frío intenso, comitiva obligada que acompaña siempre al Invierno. Como era de temer las enfermedades de la estación han aparecido, y muertes repentinas han llevado el luto y el desconsuelo á familias apreciables. La Moda también se esconde apesadumbrada, esperando días más claros y serenos para ostentar sus ricas y nuevas creaciones.

Una compensacion nos alienta en esta forzosa paralización de la Moda: la inaccion no será larga. El abundante y deslumbrador surtido que los almacenes muestran, la incansable actividad que se nota en los establecimientos de las modistas de mas nombradía, nos hacen ver en lontananza una brillante perspectiva para la apertura de los salones.

Verdaderamente pocas veces han espuesto los almacenes á la vista de sus favorecedoras un surtido mas rico y vistoso : con telas de un gusto tan deli-

cioso no se necesita grande habilidad para hacer un vestido encantador.

Colocarémos en primera línea el moaré antique blanco, rameado, una de las glorias de la Exposición de Londres, y que para un traje Pompadour es lo mas magnífico que se ha fabricado. El grós antique, color de violeta de Parma, ó gris argenteado, con dibujos de sortijillas negras, con filete blanco; el tafetan golondrina sobre fondo gris, pensamiento azul ó grose-lla; los de Lyon con dibujos de terciopelo; el muaré, llama del Vesubio, y otra infinidad de telas de un efecto sorprendente, nada dejan que desear á la dama mas exigente.

Para traje de casa hemos visto una tela de seda verde, *matelassée*, ó acolchada, con anchas rayas de un dibujo de piqué menudo, de una riqueza incomparable.

En trajes de baile, la mayor parte de los vertidos que se hacen son de tul blanco, adornados de anchos bullones de color de rosa, con guirnalda de un ramaje menudo.

Estos vestidos se llevan muy largos y de mucho vuelo; con estas condiciones y su excesivo guarnecido, fácil es de comprender cómo quedarán despues de bailar toda una noche; pero esto no es cuenta nuestra, así lo quiere la Moda.

En trajes de calle nos ha llamado la atención uno de muaré antique, color de *cabello de la Reina*. Algunas lectoras nos preguntarán qué color es este. La reina que le ha dado nombre debe ser rubia, porque la tela es de un color de Habana muy claro. De cualquiera manera que sea, es un color que sienta muy bien, y se usa hoy mucho en los vestidos y sombreros. El vestido de que hablamos lleva en el bajo de la falda una ancha tira de terciopelo negro, guarnecidas sus orillas por una blondita negra puesta sobre otra blanca; el cuerpo, de punta por delante, tiene por detrás una aldetita postillon: las mangas son de codo, entreanchas, y con adorno correspondiente al de la falda.

Explicacion del FIGURIN, número 690.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—Vestido de glasé, color de pensamiento, adornado de guarniciones del mismo glasé y terciopelo negro.

Falda que lleva al canto un volante rizado con terciopelo al borde, y cubierta la pegadura por otro terciopelo semejante, en cuyo borde superior va una guarnicion cortada en picos muy pronunciados, ri-

beteados de terciopelo negro y formando una tabla en cada pico: otra guarnicion igual va unida á esta por las puntas, y pegada á un terciopelo que á la orilla opuesta lleva otra guarnicion con los picos hácia arriba y contrariados con los de abajo.

Cuerpo alto, de chaleco, que se abre en dos picos por delante, y un poco de aldetita por detrás, ribeteado de terciopelo negro: dos guarniciones como las de la falda, aunque mucho mas pequeñas y unidas por un terciopelo estrecho, adornan el cuerpo por delante y forman hombrera.

Manga entreancha, de codo, adornada en el bajo por tres órdenes de guarniciones que ocupan el espacio de una vuelta, colocadas perpendicularmente.

Mangas y cuello de nansouk, y corbata blanca de muselina con encaje.

Sombrero de terciopelo epinglé, gris rosado, con un lazo encima de terciopelo negro, cuyas puntas, que bajan hasta el fin del ala, van plegadas por presillas de azabache: bavolet de terciopelo negro. Una pluma rosada parte del lazo, cubre una parte del ala, y va á morir por dentro entre el rostrillo, al lado de otro lazo de terciopelo que adorna el sombrero en su parte interior. Cintas de atar de terciopelo.

FIG. 2.^a TRAJE DE SOCIEDAD.—Vestido de glasé gris rosado, adornado de bieses rosa y blondas negras.

Falda adornada por dos bieses rosa ondulados, y trocada la ondulacion: estos sirven de cabeza á un encaje negro, que descansa á su vez sobre un bullonado de la misma tela del vestido, que ocupa solo la onda como una concha y sostiene el encaje.

Cuerpo escotado, con peto no muy agudo por delante: forman la berta, que es abierta por delante y redonda por detrás, dos bieses rosa, con un encaje al canto, y desde ella hasta el peto bajan tres bieses rosa, guarneciendo un encaje negro el peto que ellos forman. Un bullon de tul blanco debe cubrir todos los bieses rosa.

Manga corta y hueca, formada por un bullon, sobre el que vá un volante de glasé con biés rosa al canto.

Peinado con moña de encaje negro, cuyas puntas caen sobre la espalda: la raya va abierta al lado izquierdo, y el pelo rizado y retirado de la sien, recogido en trenzas muy bajas por detrás debajo de la moña.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.

359-1



Jules David

Lamoureux Imp. r. Lacépède, 38, Paris.

Ad. Goubaud Edil. Paris

Le Pireille

690

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Coilettes de R. Lhopiteau. Robes de Pauline Contex, r. Vivienne, 41. — Moiles d' Alexandrine, r. d'Antin, 14.
Fleurs de Tilman, r. de Richelieu, 104. — Dentelles de G. Violard, r. de Choiseul, 3. — Corsets de la M^{me} Simon, r. S. Bonore, 183.
Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon, Ch. d'Antin, 14.
Parfums de Violet fournisseur de S. M. l'Impératrice r. S. Denis, 317. | Envois de la M^{me} de Commission Lassalle et C^{ie} Louis le Grand, 37.

